

Y al fin, — ¡niños! — prorrumpió
— después de círculos tantos,
podréis saber más que yo
leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
cómo puede ser que sea
mucho más sabio que Vico
el sacristán de una aldea.

LXXIV

LA HISTORIA DE AUGUSTO

I

A Ovidio empieza á leer
su historia el Emperador,
pues dice que quiere ser,
cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
que de su provecho en pos,
pérfido antes, se hace Rey,
necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba
sus faltas cándidamente,
cosas que Ovidio escuchaba
con el rubor en la frente.

— ¿Verdad que al mundo hará honor
la que llamo *era Juliana?* —
dijo á Ovidio, el salteador
de la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
quiso Ovidio honrar su labio;
porque al fin perdona Augusto,
después que se venga Octavio.

Y — francamente, señor, —
dijo, de modestia lleno,
— si sois bueno como actor,
como autor no sois tan bueno.

— Ó — con altivo semblante
replicó el Emperador
— que soy muy buen comediante,
pero muy mal escritor.

Selló el Rey su augusto labio,
calló Ovidio, no sin susto,
pues siempre al fin vengó Octavio
los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el desliz
de llamar, poco después,
á Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guardapiés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
este madrigal tan bello,
tomando esto por motivo
para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
de la Circasia á un rincón,
como buen tirano, injusto;
falso, cual buen histrión.

III

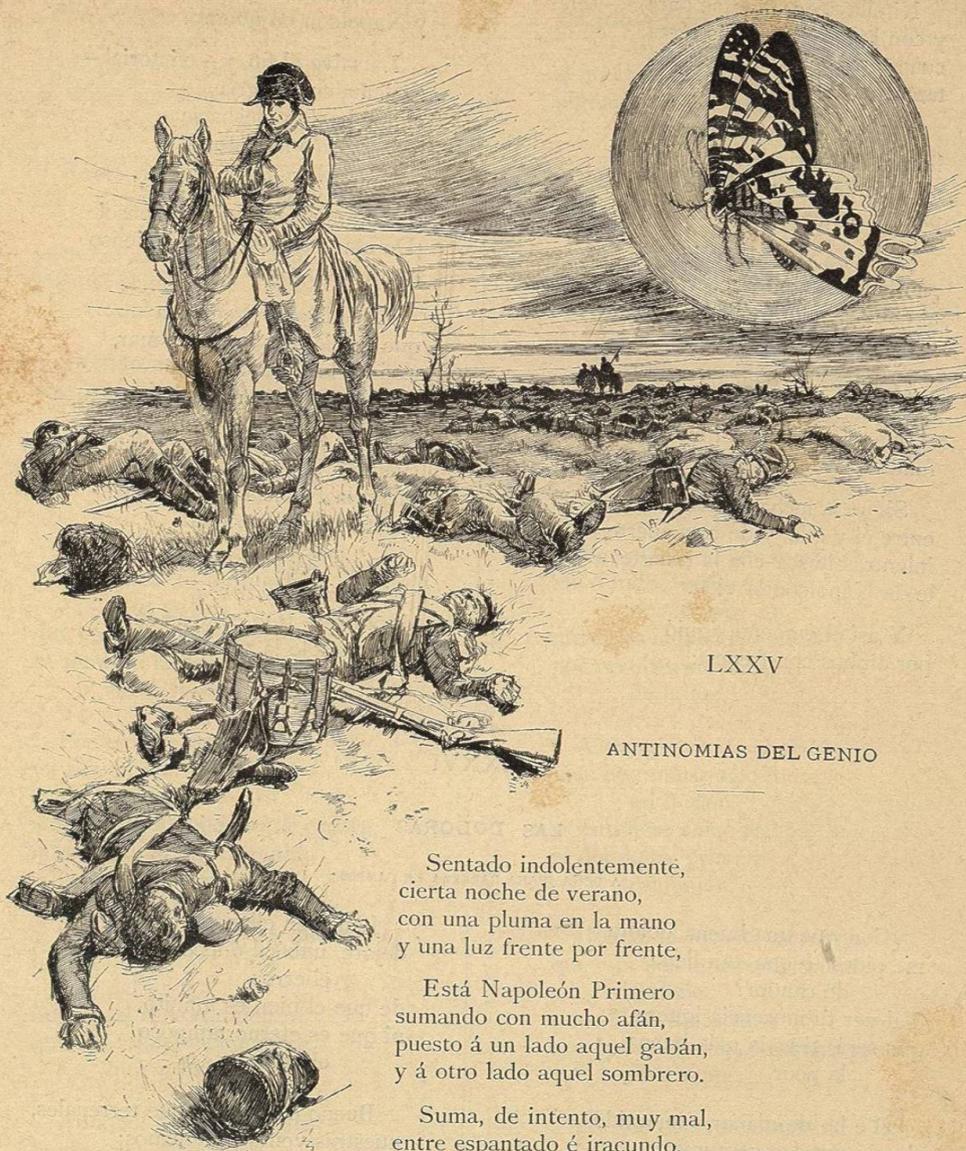
Muriendo Octavio inmortal,
entre grandes dignos de él,
les pregunta así: — ¿Qué ta
representé mi papel?

Y contesta Ovidio á Octavio
desde la orilla del Ponto:
— Representó como un sabio
lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
pereció Augusto, el sagaz;
el que dió la paz al mundo,
ya ha dejado al mundo en paz.

Con que, *¿qué tal?* Lo repito
con más razón que despecho:
has hecho muy bien lo escrito,
y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
como Emperador, muy mal.



LXXV

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
cierta noche de verano,
con una pluma en la mano
y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero
sumando con mucho afán,
puesto á un lado aquel gabán,
y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
entre espantado é iracundo,
todas las muertes que al mundo
costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
llega una cifra espantosa,
se lanza una mariposa
sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
sintió el héroe compasión;
que al fin, aunque Napoleón,
era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
la separó dulcemente,
pues los que matan la gente
pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*
pudo á los hombres llamar,
ve á un insecto peligrar,
con pena en el corazón.

Ni ella cede, ni él se para,
y con la intención más terca,
cuanto más ella se acerca,
tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
llorara de sufrir tanto,
si él pudiera tener llanto
para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿no había de enternecer
al que acababa de hacer
del universo un botín?

¡Y luego la coalición
dirá que no era perfecto
el que en salvar á un insecto
funda un sueño de Colón!

Sigue la lucha emprendida
entre él y ella, y de esta suerte,
mientras busca ella la muerte,
le da Napoleón la vida.

Y así el empeño siguió
por ambos con frenesí;

la mariposa en que sí,
y Napoleón en que no.

La salva al fin, y — ¡victoria! —
exclama con alegría
el que hacía y deshacía
á cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
¡De esa acción suba el incienso
hasta tus divinos pies!

Aquella alma generosa
que vertió de sangre un mar,
¿cuánto luchó por salvar
la vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
cuenta á la Francia la gloria,
luego la Francia á la historia,
y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
pobre *carne de cañón*,
dí por él: — ¡Oh compasión,
tú eres sólo la virtud!

LXXVI

LAS DOLORAS

A DOÑA JUANA BARRERA DE CAMPOS

¿Con que una buena dolora
me pides, Juana, tan llena
de candor?
Tal vez tu inocencia ignora
que será, si es la más buena,
la peor.

¿Te he de alabar, fementido,
desventuradas venturas
que gocé,
y amores que he aborrecido
é inagotables ternuras
que agoté?

Perdona si en mis doloras
siempre mi pecho destila
la ansiedad
de unas sombras vengadoras
que asaltan mi no tranquila
soledad.

Jamás en ellas escrito
dejaré, imbécil ó loco,
el error
de que el bien es infinito,
ni que es eterno tampoco
el amor.

Bueno es que, aunque terrenales,
nuestras venturas amemos;
pero ¡ah!
bienes de acá son mortales,
¡la dicha y el bien supremos
son de allá!

¡Qué inconsolables cuidados
da el ver, desde la rendida
senectud,
los tesoros disipados
de la por siempre perdida
juventud!

¡Qué manantial tan fecundo
de engañosas esperanzas
es amor!
¡Qué doctor es tan profundo
en útiles enseñanzas
el dolor!

¡Cuán ciego el amor, cuán ciego,
falta al deber más sagrado!
Y es de ver
¡cómo al amor faltan luego
los que primero han faltado
al deber!

¡Pérfido amor, y cuál huye
tras los primeros momentos
del ardor!
¡Santa amistad, que concluye
por cumplir los juramentos
del amor!

¡Siento á fe que esta dolora
hiera, Juana, tu ternura!
Mas ya ves
que toda dicha de ahora
es siempre la desventura
de después.

Por eso, olvidado, quiero
ya sólo el eterno olvido
esperar,
aunque del mundo en que espero,
más siento el haber venido
que el marchar.

Hasta de mí, el pensamiento
hastiado, y arrepentido
del vivir,
huye cual remordimiento
que del crimen cometido
quiere huir.

Aunque, de dolor ajenos,
la vida ven placentera
los demás,
si la despreciara menos,
yo acaso la aborreciera
mucho más.

Deja ya, corazón mío,
cuanto encuentras deleitable,
sin saber
que al gozar, mueres de hastío,
galeote miserable
del placer.

¡La vida! ¡Cuán fácil fuera
sus más aciagos momentos
soportar,
si en el pecho se pudiera
algunos remordimientos
enterrar!

Mas ¡ay! Juana encantadora,
¿cuál de espanto retrocede
tu candor,
al mirar que esta dolora,
si es buena, tampoco puede
ser peor!

Y es que derramo sincero
de mi dolor la medida
sin querer,
siempre que las aguas quiero
de mi soñolienta vida
remover.

Ya, cual todo penitente
en el lodo derribado
por su cruz,
me agito impacientemente
por revolverme hacia el lado
de la luz.

Yo antes vivir anhelaba,
mas hoy morir sólo fuera
mi ilusión,
si estuviere como estaba
el día de mi primera
comuni6n.

¡Juana! el respeto adoremos
que aun nos liga complaciente
al deber,
y los lazos desatemos
que habrá el tiempo tristemente
de romper.

¿A qué esperar á mañana
en dejar esto, y de aquello
en huir,
si aunque tú lo sientas, Juana,
lo que no dejemos, ello
se ha de ir?

Al fin, de tu santo celo
las huellas de buena gana
sigo fiel.
Cuando va el perfume al cielo,
todo lo que siente, Juana,
va con él.

Ya en mi inútil existencia
sólo el ímpetu moderado
del dolor,
con paciencia y más paciencia,
ese valor verdadero
del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
sus culpas el alma mía
va á expiar,
¡perdóname, Dios eterno!
¡Entonces ¡ay! no sabía
sino amar!

Ya en nada inmutable creo
más que en Dios Omnipotente;
y también

en que engaña mi deseo
por llevarme más clemente
hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
que busco cual nunca, fuerte,
pues ya sé
que, aunque todo me ha vencido,
hoy venceré hasta la muerte
con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,
del supremo bien que anhelo
voy en pos.
¿Quién será el desventurado
que sólo mirando al cielo
no halle á Dios?...

LXXVII

LA GRAN BABEL

A DON RAFAEL CABEZAS

I

Refiere el vulgo agorero
que de los cantos del mundo,
el *tarará* fué el primero,
y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
de *tururú* y *tarará*,
son los últimos gemidos
que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,
¡dichosos, Rafael, los dos,
si al perder la fe en la gloria,
aun nos queda la de Dios!

II

A un Romano un caballero
regaló un pájaro un día
que, lo mismo que un Homero,
voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma
charloteaba con tal fuego,
que al pájaro toda Roma
le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente
le importunaba quizá

respondía impertinente
el pájaro: — *Tarárá*.

— ¿Qué es *tarará*? — preguntó
lleno el Romano de celo.
Soñó un sabio y contestó:
— ¿*Tarárá*? Patria del cielo.

Que á un sueño hambrienta de fama,
se agarra la tradición,
como un náufrago á la rama
prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,
ni al cabo de la jornada
llegó el Romano á saber
que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
pudo asegurar un día,
que era el pájaro del cuento
el que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
cual lo mezquino también,
hasta aquello que merece
de Dios y la historia bien.

III

Pues dando á esta historia cima
refiere otra tradición
que siendo virrey en Lima
nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día
un loro experto en historia,
el solo eco que existía
de la peruviana gloria.

— ¿Quién fué, le pregunta el Conde,
el primer Rey del Perú? —
Habla el loro, y le responde
en ronca voz: — *Tururú*.

— ¿Sabremos qué frase es esta? —
dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:
— ¿*Tururú*? Patria del sol. —

El pobre sabio aquí miente,
cual mintió iluso el de allá:
¿quién renuncia fácilmente
á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
cumplida ya su misión,
se tiende sobre la historia
como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
en Roma y en el Perú,

como el Griego á un *tarará*,
llegó el Inca á un *tururú*.

¡Paciencia! en queriendo el cielo
nuestras glorias eclipsar,
no nos deja más consuelo
que el consuelo de llorar.

IV

Muy pronto, Rafael, quizá,
por más que de ello te espantes,
cual Homero un *tarará*,
será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
viendo el eclipse total
de estas estrellas que brillan
en nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
brillando un vate cual tú,
¿dará fin en *tarará*,
ó acabará en *tururú*?

Corre el tiempo, y confundido
lo grande con lo pequeño,
juntos en perpetuo olvido
los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba
pues ya sabemos los dos,
que allí donde todo acaba
es donde comienza Dios.

LXXVIII

TODO Y NADA

— ¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria! —
dije, entre humillado y fiero,
leyendo una vez la historia
del Emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
subir á Rey desde el lodo,

— Yo en cambio, — humilde exclamé, —
no fui nada, y nada es todo. —

Mas con humildad mayor,
ví que al fin de la jornada
exclamó el Emperador:
— Yo fui todo, y todo es nada. —